

Los caminos mas cómodos, los frutos mas succulentos, las carnes mas sustanciales, el fuego encendido por su marido, son *tapús* para ella, esto es, sagrados: tocarlos seria llamar sobre su cabeza la cólera de Dios y de los hombres.

Despues de haber descrito una fiesta solemne de los salvajes, añade uno de nuestros misioneros: «Las mujeres no tomaron parte en esta fiesta sino en clase de testigos; y es, porque el lugar en que se reunen los hombres es *tapú*, esto es, sagrado para ellas. Os aseguro que nunca miramos sin piedad á esas pobres mujeres, sentadas á cierta distancia de sus maridos, y contemplando con aire triste los festines servidos por ellas.

«Puesto que he principiado á hablaros de la condicion deplorable á que la supersticion las reduce en este país, voy á citaros un hecho que nos ha arrancado lágrimas. Una pobre mujer, vecina nuestra, sufría una fuerte disenteria sin que nadie fuese á aliviarla. Habiéndola visto Nil, por casualidad, llorando junto á su hogar, corrió á nuestra casa para prepararla una taza de té. Cuando estuvo dispuesta, se la llevé yo mismo á esa mujer, que la tomó y la puso á su lado, diciendo que estaba caliente. Poco despues volví para ver si la enferma se habia aliviado. Hallé la taza en el mismo lugar que la habia puesto, sin que la hubiese tocado. Como le preguntase la razon, me contestó lo mismo que su marido, *que no podía hacerlo, porque el agua habia sido calentada en fuego tapú*. Entonces pedí á su marido que me trajese fuego de las mujeres, é hice calentar en él la misma taza de té: entonces la tomó sin dificultad, y se alivió al punto. Varias veces hemos podido observar que nuestros insulares preferirian ver morir sus mujeres que violar la ley del *tapú* para aliviarlas¹.»

El despotismo marital, que, en la antigüedad sobrevivía á sí propio para oprimir la mujer viuda ya, reina aun en este nuevo mundo: de suerte que la hija de Eva se halla durante toda su vida bajo un yugo tan completo como bárbaro. En el archipiélago Viti, las mujeres están obligadas como en África y en India, á inmolarse sobre el sepulcro de sus maridos. «Á la muerte de un jefe se estrangulan sus mujeres para que le acompañen en la tumba². «En otras partes realizan con sus propias manos ese acto de bar-

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 73, pág. 574.

² Id. n. 82, pág. 192.

«barie. Se suicidan ellas mismas junto al sepulcro de sus maridos, á menos que no tengan hijos que reclamen sus cuidados¹. «Se las elige tambien como objetos preferentes para servir de víctimas á los dioses, y de alimento en los festines sagrados que acompañan sus horribles fiestas.» «Esta bárbara impiedad, escribe un misionero, ha ensangrentado recientemente una bahía vecina. Dos desventuradas mujeres han sido degolladas y devoradas por los sacerdotes y los jefes de la tribu: podeis comprender que no les hemos escaseado reconvenções; en sus asambleas, hasta en medio de su templo, les hemos manifestado libremente el horror que tal crimen nos inspiraba. Los sacerdotes que estaban presentes no osaron respondernos; algunos reconocieron que teníamos razon. Estos idólatras admiran sobre todo la bondad de Dios, que ama á todos los hombres sin distincion de naciones, y que les ordena amarse unos á otros².»

CAPÍTULO IV.

Continuacion del precedente. — Condicion de los hijos. — Sentimientos y relaciones domésticas.

Si tales son las bases de la sociedad doméstica en la Australia y Oceania, si tales son las relaciones entre los esposos, si tal es el envilecimiento de la mujer, puédesse presentir cuál será la suerte de los hijos.

De educacion moral no hay que tratar. Sometido á la doble influencia de una religion sanguinaria y de costumbres corrompidas, el espíritu y el corazon del ángel de la tierra se degradan desde que son capaces de ser pervertidos. El mal hace progresos tanto mas rápidos, cuanto que los padres no ejercen sobre sus hijos vigilancia alguna.

En cuanto á la vida fisica, el desgraciado hijo sufre allí, como en todos los países que no conocen el Cristianismo, el riguroso destino del ser débil. En Otaiti, pueblo el mas dulce de la tierra, habia una sociedad misteriosa llamada de los *Arrecoys*, que tenia por principio de union la comunidad de mujeres y la muerte de

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 28.

² Id. n. 73, pág. 576.

los hijos en el acto del nacimiento. Esos infanticidas no excitaban indignacion ni sorpresa, y las madres referian friamente cuantos hijos habian muerto. Todos los miembros de la familia pertenecian á esa horrible asociacion ¹.

En la Nueva-Zelandia, el infanticidio está elevado á su mayor altura. Hállanse madres que han muerto hasta seis hijos: unas los matan en su seno, apretándose el cuerpo con gruesas piedras; otras los ahogan en el acto de su nacimiento, ó los entierran vivos en la arena. Recientemente ha habido en una semana tres recién nacidos muertos de esa manera. Algunas horas despues del crimen, los perros desenterraron el cuerpo de uno de esos infortunados y lo llevaron á su madre. Sin conmoverse, volvió ella á sepultarlo otra vez; pero no tardaron los perros en llevarle la cabeza y un brazo del pobre niño, como para reconvenirle por su crueldad. Para que una madre cometa ese acto de barbarie, basta que su padre haya dejado de gustarle, ó que su marido la abandone. En uno y otro caso, si no se siente con valor para ese acto, sus vecinas celebran consejo, la vida del niño se sujeta á votacion, y proferida la sentencia, se encargan ellas mismas de llevarla á cabo ².

Cuando se reconviene á los indígenas por esa atrocidad, contestan friamente, que es la costumbre del país ³. Pero ¿qué causa ha podido producir costumbre semejante? La cruel supersticion que reina entre ellos. «¿Os hablaré, continúa el misionero, de la religion de nuestros insulares? No se crea que representen sus dioses bajo los caracteres de la bondad y de la grandeza: á sus ojos, una crueldad feroz parece ser el primer atributo de la divinidad. *Tiene entrañas de Dios*, decian el otro día de una madre que no pudiendo ahogar á su hijo, le habia pisoteado ⁴.»

Cuási todas las prácticas supersticiosas que forman el código de esas lejanas islas, amenazan la vida de los recién nacidos. A los cinco ó seis días de haber nacido se lleva el niño á un viejo *taura* asalariado... El sacerdote sumerge al infante en el agua, le da un nombre, balbucea algunas palabras que los que están pre-

¹ Gourroff, pág. 129.

² *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 43.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibid.* pág. 39.

sentes no entienden, pero que suponen dirigidas á cierto dios encargado de presidir los destinos de los hombres y de las aves. Créese tambien que ellas hacen votos para que el niño se familiarice mas tarde con toda especie de crímenes. Terminada la ceremonia, el niño es llevado en brazos del sacerdote á la casa de sus padres. Si su nombre no ofende á nadie, se entregan á la alegría; pero si ha recibido el nombre sagrado de algun jefe, es culpable de una grave injuria, y será muerto y comido sin piedad, á menos que no rescate su vida á fuerza de regalos.

Por lo general los niños son mal cuidados; y como la caridad es desconocida entre las mujeres idólatras, si las madres no pueden ó no quieren cuidarlos, esas inocentes criaturas no hallan quien las salve la vida ¹.

¡Pobre niño! no has llegado aun al término de tus dolores. Cuantas veces se necesite sangre y torturas, tú serás el elegido para víctima.

En la Oceania occidental, si cae enfermo algun jefe amado del pueblo, se le lleva al templo del dios á quien se imputa su indisposicion. Allí, para aplacar su cólera, hay combates á muerte, y se corta el dedo meñique á algunos niños para presentarlos como donativo á la implacable divinidad ². Añadamos que allá, como en la Nueva-Zelandia, los jefes tienen derecho de vida y muerte sobre sus hijos, sus esclavos, y sobre los jefes subalternos de sus tribus ³.

Terminemos ese triste cuadro de la situacion de los niños en esos inmensos archipiélagos, por las siguientes palabras de uno de nuestros mas celosos misioneros: «Dificilmente se creeria, dice, ahora que la Religion ha cambiado la faz de las islas, cuánto se cebaban los indígenas en la sangre de sus semejantes. Llegaba á tal punto, que no solo devoraban á los extranjeros que el naufragio arrojase á sus costas, sino tambien á los indígenas, y á veces á sus mejores amigos. ¡Desgraciado el guerrero que fue vencido en un combate! Sus sangrientos miembros servian de pasto á su vencedor. Hasta en tiempo de paz, no eran raras esas escenas. Pero entonces se tenia que unir la perfidia á la

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 6, 7.

² *Id.* n. 74, pág. 19.

³ *Ibid.* pág. 36.

«crueldad. Un vecino tendía un lazo á su vecino: si podía conducirle á un lugar apartado y sorprenderlo indefenso, le hundía, sonriendo, un puñal de nácar en el corazón. Llegada la noche iba al valle y se lo comía con horrible gozo. La carne de los niños era la más codiciada por los canibales. ¡Qué de veces han exclamado nuestros jóvenes cristianos, con la expresión del más vivo reconocimiento: Cuán desventurados éramos antes de vuestra llegada! Temblábamos de continuo de miedo de ser cogidos por los mayores; hoy no temblamos ya; nadie piensa en nosotros sino para amarnos¹.»

¿Buscaríais el tan tierno como sagrado sentimiento de la piedad filial? Buscaríais en vano. ¿Ni cómo existir en una sociedad doméstica en que los deberes de los padres eran desconocidos hasta el punto que acabamos de ver? Así no debe admirar la conducta de los hijos hacia sus padres enfermos ó ancianos.

Hablando de este asunto, uno de los apóstoles de la conversión se expresa en estos términos: «El padre ó la madre atacado de una enfermedad interna, se tiende desesperado en el suelo, y hace consultar un sacerdote *maori*, para saber si puede curar. El sacerdote se coloca frente una máquina compuesta de pequeñas piezas de madera, y observa con atención los movimientos que el viento le imprime. Si el augurio es desfavorable, declara que el enfermo morirá. Entonces se le rehusa todo alimento; *su misma familia le abandona*. Se le deja presa del dios que se cree le roe las entrañas. El pronóstico nunca deja de cumplirse, porque si el paciente no muere de la enfermedad, muere de hambre².»

En la Nueva-Zelandia hay la misma costumbre. Ese pueblo, cuyas costumbres se han suavizado mucho, no ha abandonado aun todas sus preocupaciones de otro tiempo. Así parecen creer que un enfermo no puede curar. Después de haberle arreglado regularmente la cama, sus *padres* se retiran y le abandonan, bajo pretexto de que *su dios se lo come*. Este modo de expresarse es tan familiar á los habitantes de la Oceania, que se les oye decir: Tal persona ha muerto en la guerra, tal otra *ha sido comida por los dioses*, esto es, ha muerto de enfermedad³.

¹ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 84, pág. 339.

² *Ibid.* n. 86, pág. 20.

³ *Ibid.* n. 82, pág. 210.

Segun las noticias adquiridas de los mismos indígenas, el número de habitantes de las dos islas de Futuna y Arofi era, no ha mucho, de *cuatro mil*: hoy no pasa de *ochocientos*: tan notable disminución débese en gran parte á esas espantosas costumbres.

Habrá veinte años lo más, que el furor de comer carne humana llegó á tal punto, que no bastando las guerras para dar abasto á sus horribles festines, se dedicaron á la caza de hombres en su propia tribu: niños, mujeres, jóvenes, ancianos, amigos ó enemigos, todos eran muertos sin distinción. Vióse degollar á los miembros de su propia familia. Uno de los poderosos de la isla hizo cocer á su propia madre para comerla con sus amigos. Madres ha habido que han hecho asar sus hijos para comérselos. ¡Qué de veces he tocado la mano á desventurados que han hecho cocer á sus ancianos padres para comérselos con sus amigos! Cuando alguno de ellos me presenta algo, se me figura ver sus manos tintas en sangre, ¡en la sangre de su madre!

Solo al rey, en su cualidad de dios, se le servían los cuerpos enteros; para los otros se hacían pedazos. Se han contado catorce víctimas á la vez sobre la mesa del príncipe; y él exclamaba: *¡ánimo, ánimo, arrancad la mala yerba!* Con frecuencia se servían también hombres vivos, además de los cuerpos asados; se les ataba de piés y manos, se les tendía sobre grandes artesas para no perder la sangre, después se les cortaban las piernas, y en último lugar la cabeza; ó mejor, se les aserraba con un bambú roto, que corta poco más ó menos como un cuchillo de madera. Uno de los que nos referían esto con la mayor indiferencia, solo había muerto seis. *Es poco*, añadía él. Se me ha enseñado un anciano, que ha sido el solo que ha escapado á esa horrible cacería en una aldea de trescientas almas⁴.

CAPÍTULO V.

Regeneración de la Familia en la Australia y la Oceania.

Tales eran diez años atrás los habitantes de los numerosos archipiélagos de la Australia y la Oceania. ¿Es preciso decir que el embrutecimiento no podía ser mayor; que era desconocida toda

⁴ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 86, pág. 39, 41, 42.